

Vínculos imborrables

La familia habla a la Vida Religiosa

María Dolores López Guzmán
Profesora de Teología
Universidad Pontificia Comillas. Madrid

RESUMEN: Lo que la familia aporta a la vida religiosa tiene que ver con la riqueza que contiene en sí misma, con la labor educativa de los padres, y con la relación personal, directa, con consagrados. Los matices de cada estado de vida transparentan una parte del inagotable Misterio de Dios, y conocerlos ayuda, no solo a ahondar en la naturaleza del amor, sino a conocer mejor la vocación propia. La identidad se forja en el encuentro con lo semejante y lo diferente. En este artículo se ofrecen pistas para descubrir qué elementos de la familia pueden resultar atractivos e inspiradores para la vida religiosa.

PALABRAS CLAVE: Familia, Misión, Parentesco, Vida Religiosa, Vocación.

Indelible Bonds. The family speaks to Religious Life

ABSTRACT: What the family contributes to religious life has everything to do with its own richness, with the educational work of parents, and with direct personal relationship with consecrated persons. The nuances of each state of life make visible a small part of the inexhaustible Mystery of God and to know them helps not only to deepen one's sense of the nature of love, but also to know better one's own vocation. Identity is forged in the encounter with what is similar and what is different. This article offers tips to discovering which elements of the family might be attractive and inspiring supports for religious life.

KEYWORDS: Family, Mission, Relatives, Religious Life, Vocation.

“El anuncio cristiano relativo a la familia es verdaderamente una buena noticia” (AL 1). Palabras del papa Francisco al inicio de la exhortación apostólica *Amoris lætitia* (19.3.2016) y que toma del sínodo de los obispos que tuvo lugar en octubre de 2015. Este modo de comenzar supone una auténtica declaración de intenciones: la familia es fundamental en el anuncio del evangelio porque forma parte de él.

No es la primera vez que el Magisterio de la Iglesia se ocupa de temas relacionados con la “Iglesia doméstica”, de la que ya hablaba la *Lumen gentium* en términos favorables (cf. LG 11) pero sí se percibe, en el conjunto del documento, un paso adelante significativo tanto en el modo de abordarlo como en el tono, plagado de expresiones positivas y esperanzadoras; dando valor a una realidad a menudo considerada de segunda respecto a otras opciones y dirigiendo una mirada de misericordia hacia situaciones difíciles. Por eso resulta tan llamativo este arranque de la exhortación donde Francisco destaca, ya de primeras, que “la alegría del amor que se vive en las familias es también el júbilo de la Iglesia” y que forma parte de “una buena noticia” –“el Evangelio de la familia” (AL 63)– incluida, por consiguiente, en la Buena Noticia que supone el anuncio de la cercanía de Dios al hombre que vino a nuestro mundo formando parte precisamente de una familia, ligando así su historia con la nuestra y asumiendo nuestro modo de vivir.

El papa Francisco no respalda la visión, hasta ahora bastante común, que considera a la familia una realidad demasiado natural y universal como para ser relevante en el camino del seguimiento de Jesús. No la entiende como mero trampolín para salir al mundo y desde el que algunos hijos decidirán optar por el evangelio. Por el contrario, insiste en que posee en sí misma un carácter determinante en el pasaje de la fe y que aporta elementos sustanciales en el itinerario espiritual de una persona.

La realidad familiar, desde esta perspectiva, contribuye decisivamente a la evangelización y enriquece a la Iglesia en general, y a la vida religiosa en particular, por dos razones principales: por su propia valía en el camino espiritual –“quienes tienen hondos deseos espirituales no deben sentir que la familia los aleja del crecimiento en la vida del Espíritu, sino que es un camino que el Señor utiliza para lle-

varles a las cumbres de la unión mística” (AL 316)–; y por su contribución explícita y fundamental en el descubrimiento de la vocación de sus miembros. Ambas facetas aportan elementos a la vida religiosa que la pueden animar a ser más fiel a su propia llamada, a que ésta se desarrolle con plenitud, y a que se viva con mayor espíritu fraterno.

1. Descubrir y mirar la riqueza de la familia

Todas las vocaciones comparten la misma raíz: el amor de Dios que llama para amar y servir. Por tanto, lo que las une prevalece sobre las diferencias o matices que cada vocación particular aporta. El “amor compartido” genera un vínculo irrompible que precede a cualquier distinción. La elección de Dios para un determinado servicio no tiene como finalidad engrandecer a una persona, grupo o familia, sino el bien de otros. Por eso una auténtica experiencia de vocación conlleva necesariamente crecer en humildad.

Todos necesitamos recibir el amor, todos estamos llamados a servir, todos nos complementamos para mostrar cómo es el Señor. Los matices de cada estado de vida transparentan una parte del inagotable Misterio de Dios, y conocerlos ayuda, no solo a ahondar en la naturaleza del amor, sino a profundizar en la vocación propia. La identidad se forja en el encuentro con lo semejante y lo diferente.

La vida religiosa puede encontrar una gran fuente de inspiración en la contemplación de la “comunidad de vida y de amor” (como dice AL 67, recogiendo la definición de GS 48) que constituye el matrimonio y la familia. Algunos de los rasgos esenciales de esta vida familiar que le resultarían especialmente provechosos para vivir mejor su propia vocación serían los siguientes:

La marca biológica

En la relación entre los miembros de una familia existe una base biológica que genera un lazo inquebrantable. Ni siquiera el abandono o ruptura de la relación afectiva puede eliminar un vínculo que

permanece para siempre (unos padres divorciados o separados, si tienen hijos, quedan ligados el resto de su vida).

El parentesco nos une a otros –a veces a nuestro pesar– de manera involuntaria. Nos encontramos, sin buscarlo, inmersos en una historia y con una herencia que, en parte, nos define. La huella del ADN deja un sello en cada ser humano, un mapa genético que forma parte de su identidad. Y aunque es verdad que esa marca no conlleva necesariamente relaciones profundas y auténticas, es importante, porque indica el tipo de parentesco que nos une a otros y, por tanto, el trato que debemos mantener.

¿Y por qué le puede interesar a la vida religiosa la unión que establece la naturaleza entre las personas cuando precisamente está llamada a ir más allá de los lazos que nacen de la carne y la sangre?

Para generar vínculos al estilo de los biológicos –pero sustentados únicamente en el Espíritu–, es necesario inspirarse en la fuerza de la consanguinidad. En la mayoría de las congregaciones los miembros se llaman entre sí “hermano”, “hermana”, “padre” o “madre”. Toman las relaciones familiares como referencia para el trato tanto dentro de las comunidades como fuera (en el núcleo de nuestra fe está el anuncio y la realización de la fraternidad universal). Sin embargo, para reproducir vínculos de esa naturaleza, resulta imprescindible conocer la radicalidad y la potencia de los lazos de sangre, únicos e imborrables. La clave: leer lo que la marca biológica “dice” para trasladarlo al ámbito espiritual, donde no hay fronteras.

Los cristianos formamos la familia de los hijos de Dios, donde la relación preferente es la fraternidad. Aprender a ser hermanos requiere dirigir la mirada hacia el primer lugar donde se hace posible: el hogar familiar. E igualmente la maternidad espiritual debe detenerse a contemplar la biológica porque en el cuerpo de la madre y en la relación con el hijo encuentra inscrita una auténtica lección vital: el cordón umbilical que los une y que hay que cortar, la salida de la criatura hacia el mundo, el crecimiento del niño posibilitado por el alimento que le procura la madre, etc.

No se puede dar una dimensión nueva a una realidad a la que, siendo en origen biológica, no se dedica tiempo a conocerla y contemplar su riqueza.

Generación y tradición

Otro rasgo propio de la familia es la incorporación del nuevo miembro que nace a una genealogía, lo que supone la inserción en una cadena de progenitores y ascendientes unidos por un tronco común. "El pequeño núcleo familiar no debería aislarse de la familia ampliada" (AL 187), asegura el Papa. Una ampliación que no solo debe extenderse a los círculos de relaciones más inmediatos y nucleares, del presente (tíos, primos, vecinos...), sino a los antepasados (bisabuelos, tatarabuelos...), manteniendo la vista en el futuro que otros van a heredar, lo que conlleva asumir una responsabilidad ante lo recibido. "El individualismo de estos tiempos a veces lleva a encerrarse en un pequeño nido de seguridad y a sentir a los otros como un peligro molesto. Sin embargo, ese aislamiento no brinda más paz y felicidad sino que cierra el corazón de la familia y la priva de la amplitud de la existencia" (AL 187).

La pertenencia a una "familia" o "casa", nos sitúa en el mundo y nos recuerda que mucho de lo que somos lo hemos recibido de quienes nos han precedido. No fue irrelevante que el Señor Jesús descendiera de la casa de David. Era un dato que confirmaba la veracidad de las promesas del Antiguo Testamento, ratificaba su mesianismo, y le insertaba en una historia y una tradición particular. Transmitía algo de su vocación encarnada.

Para la vida religiosa el contacto con las fuentes y los fundadores es fundamental para no perder el carisma y mantener la fidelidad al Espíritu que inspiró su forma de seguimiento. Pero la conciencia de "familia ampliada" de la que habla el Papa, también se puede aplicar a los consagrados. Hacerlo trae como consecuencia un agrandamiento de la propia tradición y, por ende, de la comprensión de la misión compartida. Porque el carisma, que es un don, no solo es dado a aquellos que han hecho las promesas de los consejos evangélicos,

sino a muchos otros que reconocen en él su modo concreto de responder a la llamada de Dios.

Precisamente por ello, en los últimos años, se está extendiendo el concepto de “familia” referido a las grandes tradiciones religiosas en la que se encuentran no solo las congregaciones y órdenes clásicas, sino las personas o grupos que beben de las mismas fuentes. Ya resulta habitual oír hablar de la familia franciscana, carmelitana, ignaciana, dominicana, etc., para referirse tanto a los religiosos como a los laicos de cualquier condición que se reconocen en dicha tradición en la que reciben y realizan la vocación particular.

Ventanas al Misterio

“Necesitamos sumergirnos en el misterio del nacimiento de Jesús” (AL 65). Contemplar despacio lo que significa “la encarnación del Verbo en una familia humana” (AL 65). El amor de Dios al hombre que revela resulta asombroso y sorprendente. Pura maravilla. Al Señor le debe de parecer sumamente valiosa la realidad familiar; tanto como para escogerla en su venida al mundo, y proporcionarnos así un espejo en el que conocerle mejor y un modelo hacia el que encaminarnos.

Cada vocación tiene delante una dimensión del Misterio que le inspira y que, a su vez, está llamada a reproducir. Ante las familias se presenta, por un lado, la Encarnación, acontecimiento clave donde el Señor demostró que su vinculación a la humanidad no era meramente espiritual, sino también en la carne y la sangre –María fue su madre en los dos planos–; por otro lado, la Sagrada Familia de Nazaret, “con su cotidianidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas, como cuando tuvo que sufrir la incomprensible violencia de Herodes” (AL 30); y por último, la Trinidad, vida interna de Dios “hecha” a base de relación y comunión. Para entender al Señor hay que mirar una y otra vez la realidad familiar; la biológica y la que recrea la vida religiosa. Ambas se necesitan mutuamente para aproximarnos mejor al Misterio de Dios y para mostrar dos caras de una entrega radical: la que se muestra en la naturaleza, y en la dimensión espiritual, llamada a extender sin límite la primera.



El matrimonio posee dentro de la familia un estatus especial. Como sacramento supone una “llamada dentro de la llamada”¹ a formar una familia, que implica visibilizar la Alianza de Dios con la humanidad a lo largo de la historia de la salvación. El Señor se ha “aliado” con el ser humano desde los límites de la carne hasta lo ilimitado del Espíritu. Todo ha quedado tocado para nuestro bien. Nada ha quedado fuera de su mano salvadora. De este modo, los esposos tienen la misión de expresar con su vida esa alianza de un amor compuesto por “entrega total, fidelidad y apertura a la vida” (AL 73). Por eso están “consagrados” (AL 67) a la causa de Dios. En el matrimonio cristiano el carácter esponsal no es una metáfora para expresar la relación con Él (imagen empleada en la tradición para la vida religiosa, sobre todo, femenina) sino una realidad que atraviesa de lleno el corazón de los cónyuges a todos los niveles.

2. La tarea educativa

Gran parte del futuro de la Iglesia tiene su germen en la vida familiar, donde la experiencia de Dios da sus primeros pasos y, por tanto, donde se fragua la personalidad, se cultivan virtudes importantes y se trabajan hábitos decisivos para compromisos posteriores.

En el proceso de crecimiento del niño a la adultez, la tarea educativa es prioritaria, y se la reparten mayoritariamente la escuela y el hogar. La familia puede influir en algunas dimensiones importantes para la construcción de un sujeto física y psicológicamente maduro capaz de afrontar los retos y renuncias que el estilo de vida de los consejos evangélicos requiere. Seis pilares de la vida familiar dan cuenta de esta contribución:

Descubrir la vocación

En la estela de la *Lumen gentium*, que reconocía el deber de los padres de ser para los hijos los primeros predicadores de la fe, el Papa

1 Expresión que la Madre Teresa de Calcuta empleaba para explicar que la fundación de las Misioneras de la Caridad no significaba un rechazo de su vida anterior en la congregación de Nuestra Señora de Loreto, sino una profundización de la misma.

insiste en que, a esa primera obligación hay que añadir otra no menos importante: ayudar a los hijos a encontrar su vocación, incluida aquella que, en sus múltiples manifestaciones, puede conducirles a la entrega al Reino de Dios (cf. AL 18) (sea en el matrimonio cristiano, en la vida consagrada, en la entrada en un Instituto Secular, o en cualquier otro camino espiritual en conformidad con el espíritu evangélico). Por tanto, los consagrados no son los únicos responsables de dar a conocer e impulsar la vocación a la vida religiosa, sino que esta labor debería comenzar mucho antes, en el ambiente del hogar. La “pastoral vocacional” es una responsabilidad de todos.

En el descubrimiento de la vocación no solo es importante el cúmulo de deseos que se mueven en nuestro interior empujándonos hacia determinadas elecciones, sino que son igualmente decisivas las propuestas que se nos presentan y que nos cautivan. Los dos movimientos –el que aparece dentro de mí y me mueve hacia afuera, y el que viene de fuera hacia mí– forman parte de la llamada y están “llamados”, a su vez, a encontrarse y “alimentarse” mutuamente; pues lo externo puede despertar el deseo interno y hacerlo crecer, y éste nos empuja a buscar lo que nos atrae. Por eso, unos y otros somos en parte responsables de la vocación de cada persona porque podemos mostrar a los demás diversas opciones que, bien les ayuden contrastar con la realidad los deseos que experimentan, o bien despierten deseos nuevos.

Evidentemente la última decisión sobre la vocación profesional o vital, debe ser individual e intransferible, y sobre todo, libre.

Los padres tienen en parte la misión de poner delante de los hijos varios caminos y de aconsejarles sobre ello. Sus palabras poseen especial valor porque surgen del conocimiento “de toda la vida” de los hijos, de sus gustos y sus capacidades; aunque es verdad, como dice el papa Francisco, que “tampoco es bueno que los padres se conviertan en omnipotentes para sus hijos, que solo puedan confiar en ellos, porque así impiden un adecuado proceso de socialización y de maduración” (AL 279). Ayuda la presencia de personas cercanas que ofrezcan palabras objetivadoras, también en el terreno de la vocación.

Sin embargo, resulta sorprendente que en numerosas familias cristianas, los padres sean más un freno que un apoyo en la entrega a la causa del Reino. No son pocos los religiosos que han sufrido el rechazo y la presión en su casa cuando han decidido entrar en una congregación. Este punto habría que reflexionarlo y orarlo en las comunidades si se quiere de verdad ser responsable con el ministerio de la educación² recibido. "Para favorecer una educación integral necesitamos reavivar la alianza entre la familia y la comunidad cristiana" (AL 279) que ayudará a corregir entre todos los prejuicios y la falta de generosidad.

Convivir

La vida está llena de oportunidades para conocer diversidad de pareceres y coexistir con personas diferentes. Más ahora en nuestra Aldea Global. Pero en la familia la convivencia adquiere una tonalidad especial ya que los miembros están unidos por lazos de parentesco. Esto hace que los roles adquieran un protagonismo grande: no es lo mismo ser padre que madre, hijo que hermano, abuelo que nieto. Todos los miembros están unidos por el vínculo de sangre y, ojalá, del afecto, pero cada uno tiene un papel distinto. Una verdadera escuela para aprender la importancia de que, no solo es posible que se dé la unidad en medio de la pluralidad, sino diferentes misiones y tareas, destinadas todas ellas al bien común.

En la familia el hijo aprende tres pilares: a obedecer y respetar a los padres (asumiendo la autoridad que representan, y agradeciendo lo recibido); a entrenarse para ser hermano (compartiendo y escuchando, así como manteniendo una relación "horizontal" que le prepara también para ser amigo); y a cultivarse en el cuidado de las cosas (requisito indispensable para una convivencia pacífica y sana, y para fomentar un estilo de vida respetuoso con la creación). Por eso "la familia es el sujeto protagonista de una ecología integral, porque es el sujeto social primario, que contiene en su seno los dos principios-base de la

2 Cf. JUAN PABLO II, *Familiaris consortio*, 38 (22.11.1981). Se citará más adelante con su sigla: FC.

civilización humana sobre la tierra: el principio de comunión y el principio de fecundidad" (AL 277). Quien asimila bien este triple entrenamiento en el "buen convivir" estará mejor preparado para entrar en la dinámica de la vida religiosa donde la obediencia, la fraternidad y la pobreza que exige una sana sensibilidad ecológica, son fundamentales.

Lograr estos objetivos en edades tempranas o al menos en las primeras etapas de la vida, posibilita "una profundización gradual de las exigencias del Evangelio" (AL 38), y facilita que la persona esté preparada para "'habitar', más allá de los límites de la propia casa" (AL 276) y pueda convivir con otros diferentes a aquellos con los que comenzó la aventura de vivir.

Sin embargo, aplazar este aprendizaje dificulta enormemente la adaptación a futuras experiencias de convivencia. Una labor de reeducación, aunque no es imposible, suele ser larga y costosa, porque implica dejar de lado costumbres poco adecuadas y adquirir hábitos nuevos que lleva tiempo cultivar, así como reestructurarse un poco por dentro.

Vivir la realidad de la gente

Otro aporte de la familia es el conocimiento de la realidad a partir de experiencias universales, y desde inquietudes y sueños comunes. Estudio y trabajo, fiestas y descanso, amor y desamor, enfermedad y salud, ilusiones y fracasos, alegrías y penas... El cóctel de la existencia humana marca el ritmo de la vida familiar donde se intenta buscar entre todos el modo de afrontar las distintas dificultades y retos.

Ciertamente todos esos ingredientes existenciales no desaparecen en ningún estado de vida, pero en cada institución ocupan un lugar distinto y se cuenta con recursos disímiles. Además, tener una estructuración interna diferente propicia que se afronten de diversa manera. No es lo mismo contar con una red de vínculos y obras con el mismo carisma en los cinco continentes (como ocurre con muchas congregaciones), que manejarse en un marco más reducido; ni dejarse conducir por el Espíritu a través de la obediencia a una figura de autoridad que envía en misión, que descubrir y concretar la misión al hilo de los acontecimientos, etc.

La familia posee un conocimiento directo y encarnado de esas experiencias básicas accesibles a cualquier sujeto, creyente o no, que proviene tanto de su mayor inserción en la dinámica del "mundo" (que no siempre sigue los principios evangélicos), como del hecho de que no todos los miembros que la conforman creen lo mismo ni comparten una única visión de las cosas (característica, sin embargo, que configura la vida religiosa). Trabajar por una unidad que incluya la diversidad de creencias es misión particular de la familia, porque no es una tarea entre otras, sino constitutivo de su ser. No es algo que se busca, sino que se encuentra si se quiere vivir en profundidad la convivencia a la que está llamada. El diálogo con el otro, con el diferente, tan de moda hoy, es "el pan nuestro de cada día" en la vida familiar que alcanza su punto álgido cuando llegan las "etapas de la ampliación" o de incorporación de nuevos miembros (hijos, novios y novias, nietos, nuevas familias) y toca lo nuclear del matrimonio cuando uno de los cónyuges no es creyente o no le interesan los compromisos de la fe. En este caso "es posible encontrar algunos valores comunes que se puedan compartir y cultivar con entusiasmo. (...) Por otra parte, el amor es un don de Dios, y allí donde se derrama hace sentir su fuerza transformadora" (AL 228).

Esta capacidad de unir por encima de las diferencias es la mejor herencia que unos padres pueden dejar. Por ello, "no pongamos todo el empeño en acumular riquezas y dejarlas a nuestros hijos. Enseñémosles la virtud y pidamos para ellos la bendición de Dios. Esta es la riqueza inefable que no se consume"³.

Rezar en común y en soledad

Cuando el Padre Peyton (1909-1992) afirmó que "la familia que reza unida permanece unida", seguramente no imaginó que dos Papas, Juan Pablo II y Francisco⁴, iban a refrendarla y a repetirla para animar a los matrimonios cristianos a hacer de la oración un pilar de la educación.

3 S. JUAN CRISÓSTOMO, *Gn h.* 66,4: R. SIERRA BRAVO, *Diccionario social de los Padres de la Iglesia*, Edibesa, Madrid 1997, nº 317.

4 Cf. JUAN PABLO II, *Rosarium Virginis Mariae*, 41 (16.10.2002); FRANCISCO, *Amoris laetitia*, 227.

Uno de los aprendizajes más importantes de un niño es la adquisición del lenguaje en todas sus variantes. Es una alegría indescriptible cuando por primera vez pronuncia "papá" o "mamá", y no existe nada equiparable a presenciar el momento en que articulan frases más o menos coherentes con la "lengua de trapo". Los padres son decisivos en la apropiación de esas palabras en las que el hijo recibe el mundo y lo nombra. Se les está transmitiendo una tradición y un modo de comprender la realidad. Les damos con ello una herramienta fundamental para relacionarse con los demás y colaborar en la misión divina de dar significado a las cosas.

Enseñarles las oraciones clásicas, recitarlas con ellos y hacerlas vida, genera una atmósfera que ninguna otra experiencia causa, y supone explicitar la centralidad del Señor, además de poner los cimientos para que el hijo pueda establecer progresivamente una relación cada vez más personal con Dios y manejarse en el lenguaje de lo espiritual.

Pero la familia no debe limitarse a rezar con los hijos para crear un ambiente común en el que todos se sitúan como iguales ante Dios Padre; animarles también, poco a poco, a orar en soledad y silencio es clave para su maduración personal. El ejemplo de los padres resulta determinante. Si ellos ven que cada uno reserva un espacio de intimidad para la relación con Dios captarán enseguida que se trata de algo importante. Así pues, "conviene alentar a cada uno de los cónyuges a tener momentos de soledad ante Dios, porque cada uno tiene sus cruces secretas" (AL 227).

Mucho se tiene adelantado cuando una persona conoce desde la niñez el lenguaje religioso. Y resulta muy valioso para la vida religiosa contar con sujetos que hayan construido una relación personal con Dios previa; se necesita recorrido espiritual para captar la hondura de los consejos evangélicos y para no caer en una lectura idealizada y poco realista. El "entrenamiento" en la vida familiar, con sus pobreza y sinsabores, donde los miembros conocen la mejor y peor versión de cada uno, es el mejor antídoto para rebajar las falsas espiritualidades.

Discernir y elegir en libertad

Se aprende enseguida que la vida está llena de decisiones. Pero no siempre resulta sencillo elegir. A veces nos atrae lo que no nos conviene, en otras ocasiones no sabemos cuál es la mejor opción, y a menudo nuestro mundo interior está tan revuelto que no sabemos bien lo que queremos ni lo que deseamos. Aprender a discernir es fundamental para poder elegir en libertad. Pero lleva tiempo.

El discernimiento es un arte profundamente humano y espiritual. Porque lo utilizan personas de toda condición (creyentes y no creyentes) y porque se aplica tanto a situaciones comunes (cambios de trabajo, asuntos de economía casera, criterios para la educación, y por supuesto para la elección de estado de vida, etc.), como a las operaciones del ánimo. No hay que esperar a hacer experiencias espirituales específicas para comenzar a “ejercitarse” en ello. Ir enseñando a los hijos a diferenciar el bien del mal, o a tomar conciencia de las ambigüedades que empapan toda realidad humana, es fundamental. La construcción del sujeto moral, que debiera comenzar en la casa paterna-materna, es la base para poder discernir y elegir progresivamente en libertad.

Existen dos herramientas valiosas para prepararse y sentar esas bases necesarias para un discernimiento “con futuro”: la conversación entre padres e hijos (y previamente de los cónyuges entre sí); y la lectura de la Sagrada Escritura. “La Palabra de Dios no solo es una buena nueva para la vida privada de las personas, sino también un criterio de juicio y una luz para el discernimiento de los diversos desafíos que deben afrontar los cónyuges y las familias” (AL 227).

Evangelizar y ser evangelizados

“El ministerio de evangelización de los padres cristianos es original e insustituible y asume las características propias de la vida familiar hecha de amor, sencillez, concreción y testimonio cotidiano” (FC 53). Es un “servicio eclesial que se realiza en el contexto de la Iglesia entera” (FC 53). A pesar de ello, nuestra mente tiende a identificar la evange-

lización con la salida a mundos lejanos donde no ha llegado todavía la noticia del Dios-con-nosotros. Sin embargo, la Nueva Evangelización nos recuerda que en muchos países de tradición cristiana la fe ya no está viva ni es operante, por lo que es necesario volver al primer anuncio que “se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y, al mismo tiempo, lo más necesario”⁵. Por eso Juan Pablo II aseguraba ya en el año 1981 que “la futura evangelización depende en gran parte de la Iglesia doméstica” (FC 52).

La labor de los padres en la evangelización primera es, por tanto, insustituible. Su testimonio posee un gran alcance por dos razones principales: por la credibilidad que tienen a priori ante los hijos, y por ser las personas que les acogen y cuidan día y noche en los primeros años de su vida. Su voz, permanente, cotidiana y constante, otorga a la transmisión de la fe la marca de la fidelidad y la constancia; es decir, la constatación de que esto “de Dios” no es una cuestión que se aprende en un momento, sino que es un camino de amor para toda la vida en el que los progenitores también están implicados.

La evangelización, sin embargo, no se agota en ese primer anuncio. Los miembros de la familia, sobre todo cuando reciben el sacramento de la confirmación, se convierten en testigos y enviados. Desde ese momento los hijos también son sujetos evangelizadores en diversos ámbitos (con sus amigos, en el estudio y en la misma vida familiar) y colaborando en instituciones de la Iglesia como catequistas así como participando en organizaciones con carácter solidario.

Pero no es fácil. La familia no se basta a sí misma en esta misión –compartida por todos los bautizados– de llevar la buena noticia, ni siquiera en su ámbito o radio de acción. En primer lugar, porque su repercusión y zona de influencia son limitadas; y en segundo lugar, porque ella misma está necesitada de evangelización. De hecho, uno de los grandes desafíos para la Iglesia, y que la *Amoris lætitia* prioriza, es el acompañamiento a las familias en las llamadas situaciones “irregulares” o de especial dificultad y sufrimiento. La Iglesia debe estar con

5 FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 35 (24.11.2013).

“sus hijos más frágiles, marcados por el amor herido y extraviado, dándoles de nuevo confianza y esperanza” (AL 291). La conversión es para todos, pero existe una inclinación preferente por aquellos que viven fracturas que añaden dolor a las dificultades ya de por sí duras que trae la vida. Por ello, “se requiere un esfuerzo evangelizador y catequístico dirigido a la familia” (AL 200).

Cuando aparecen problemas con cierta envergadura, son muy necesarias voces externas, pero cercanas, que acompañen y ofrezcan apoyo. La presencia de la vida religiosa en estos momentos produce alivio. Sería un icono vivo del buen samaritano. Alguien que “pasa por allí”, pero “no pasa de largo”. Porque, como nos recuerda Francisco, “la caridad fraterna es la primera ley de los cristianos” (AL 306).

3. Acompañar y apoyar

Lo que la familia aporta a la vida religiosa no se limita a la riqueza que contiene en sí misma, ni a su labor educativa con la que puede potenciar el conocimiento y la valoración positiva de los distintos estados y carismas en la Iglesia. Existe un “espacio compartido”, el de la relación personal, que propicia la generación de vínculos imborrables entre ambas realidades y que añade dosis de aliento, ánimo y esperanza a las dos partes. Dos componentes expresan lo nuclear de este acompañamiento mutuo que se da cuando surge la amistad.

Amistad y compañía

Todo cambia cuando entre dos personas, grupos o instituciones, se produce el conocimiento desde el encuentro fraterno. Los prejuicios caen, las apreciaciones superficiales desaparecen, la desconfianza se minimiza. El amor transforma todo lo que toca. Siendo lúcido y perspicaz, acoge al otro totalmente. Por eso es tan importante el encuentro entre los estados de vida en profundidad y desde la mirada de Dios.

No es fácil entender la vida religiosa. Las opciones que conlleva chocan con el espíritu moderno y son pocos los que la aceptan y promueven incluso dentro de la Iglesia. ¿Pobreza, castidad, obediencia? A lo sumo despierta curiosidad. Cierto es que en otros continentes pervive la idea de que los consagrados poseen un estatus espiritual superior al resto de los fieles, pero la potente secularización está penetrando con rapidez las culturas marginando esta opción.

Cuesta estar arrinconado, más aún tras épocas gloriosas de mucho reconocimiento; pero es tiempo de purificación, una oportunidad para volver a lo esencial y dejar de lado el “vano honor del mundo”⁶ que se cuela hasta los rincones más escondidos de nuestro corazón. ¿Cuáles son las mejores vías para satisfacer la necesidad de ser querido sin buscar el mayor prestigio, también en el ámbito espiritual?: la contemplación del Crucificado y la experiencia de la amistad.

El amigo busca siempre el bien del otro, a quien quiere por encima de la satisfacción personal. Por eso no le ama “fuera” de sus elecciones y de su vida, sino en ellas. Y le alienta a ser fiel y a amar su vocación que procede de Dios.

Las familias cristianas deberían estar dispuestas a ofrecer su amistad a los religiosos. Ser nuevas “Betanias” donde se sientan acogidos y queridos, donde respiren hogar y descansen de la dureza de tanta exposición. No para sustituir la vivencia comunitaria sino para complementarla. Jesús también construyó con sus amigos, Lázaro, Marta y María, una relación distinta a las demás.

La amistad es el amor recíproco que mejor nos sitúa en lo que somos; no nos hace de más, ni de menos; no busca “ascensos” ni cargos; no se conforma con dar espacio al desahogo, ni alimenta la maledicencia. No le mueve ningún interés excepto el de la verdad y el bien. Por eso es tan sanador.

Tras un encuentro de verdadera amistad entre distintos estados, cada persona debería “salir” confirmada y alentada en su propia vocación.

6 S. IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales* [142].



Muchas llamadas, una misma misión

La compañía mutua (y no solo de una parte hacia la otra) entre las familias y la vida religiosa promueve el respeto entre ambas. Cuando se está cerca de alguien, se tiene el privilegio de poder contemplar el modo de obrar el Espíritu en él. Dios llama a cada persona de un modo único y misterioso. Y ante eso, la mejor actitud es arrodillarse, admirar y acompañar.

Eso no quiere decir que en el seguimiento no haya diferencias. Y que algunas opciones conlleven una entrega radical que muestre con especial vigor la *kénosis* del Señor. Pero esa donación no va destinada para mayor gloria de la persona llamada, sino para mayor gloria de Dios. Ser llamado por Él, para amar como Él hasta el extremo, es ya en sí mismo un lujo. ¿Qué más se puede pedir?

Si el Señor nos llama a formar parte del grupo de sus seguidores, para colaborar en la difusión de su Reino, quiere decir que todos tendremos un lugar particular dentro de una misión común. Como en una maquinaria, cada pieza es importante para poner en marcha el engranaje; como en un cuerpo, cada miembro es fundamental para coordinar los movimientos y transmitir armonía y buen hacer. Así es la relación que estamos llamados a tener.

Cristo es la cabeza; y el corazón late al ritmo de Dios. Cada vocación es una parte de ese cuerpo en el que la sangre que circula y nos da la vida es la del Señor. Por eso somos una gran familia unida por lazos no solo espirituales donde todos compartimos el mismo linaje, sino carnales, pues en su venida se emparentó con la humanidad. Por eso "la Iglesia es familia de familias" (AL 87) donde quien nos une y nos ha permitido formar parte de su estirpe es Jesucristo, el hijo de Dios, y donde la vida familiar alcanza su mejor versión.